

## LOS MEDIOS DE COMUNICACION Y LA CUESTION CENTROAMERICANA \*

Es algo universalmente aceptado que en el presente la comunicación es factor esencial en el desarrollo y control de las sociedades, así como en la determinación de las decisiones del Estado y los dirigentes que lo conducen.

Hoy día, por lo tanto, entre las prioridades de los gobiernos, los estamentos militares y aún los líderes políticos, empresariales y gremiales, figuran a la cabeza los asuntos de la defensa, las relaciones internacionales y las comunicaciones.

Esto es particularmente cierto en la actualidad de Centroamérica, una región del mundo gravemente convulsionada a consecuencia, en primer término, de abismales desajustes económicos y sociales, y, en otro plano, por la inserción del enfrentamiento ideológico bipolar que perturba la comunidad internacional y que, por diversas razones, busca enmascarar las causas fundamentales del problema centroamericano.

No es, entonces, muy aventurado decir, a manera de generalización, que el control y manipulación de las comunicaciones en Centroamérica es un elemento preponderante dentro de esa concepción simplificadora —y a la vez alienante— que conduce a un sistematizado esfuerzo para legitimar en los pueblos centroamericanos una más profunda hegemonía en todos los aspectos del acontecer doméstico y sus vinculaciones con la comunidad mundial.

Para tal propósito, es de suma trascendencia establecer una nueva escala de valores sociales, o por lo menos, desnaturalizar aquéllos existentes que sirven de sostén al nacionalismo como agente de cimentación social e identidad propia. El nacionalismo bien afirmado y debidamente aprovechado sirve para potenciar el esfuerzo colectivo en orden a la superación económica y social, a la vez que aumenta los términos de independencia y autodeterminación al interior y hacia afuera, en la proyección y/o en la defensa del interés nacional.

Tiene validez, por lo tanto, lo que ha señalado Herbert Schiller: “La lucha para superar la dominación externa, cuando el poder está fuera de la comunidad nacional, e internacional, cuando el poder es ejercido por un pequeño grupo dominante, es el problema central en la planificación y la reglamentación de la comunicación en nuestros días, aunque eso no sea reconocido... Todos los problemas básicos en el campo de la comunicación en la actualidad están relacionados con esa confrontación fundamental y cada día más creciente.”

A partir de estas premisas me referiré más específicamente a la comunicación social en mi

\* El autor de este comentario es Manuel Gamero, director de *Tiempo*, Honduras.

país, Honduras, que infortunadamente ha sido seleccionado, yo diría que unilateralmente, como "pieza clave" de la política del gobierno de Reagan para Centroamérica, seguramente por su posición central en la geografía del área y por la laxitud de su trama social.

Obviamente, algunas —si no es que muchas— de las facetas de nuestra situación son aplicables al resto de los países del istmo. En Honduras, aparte de los lógicos condicionamientos de un sistema comunicativo en manos privadas, cuyos propietarios, e incluso periodistas, asombrosamente y de manera simultánea con frecuencia juegan el triple rol de actores-mediadores-sujetos de la comunicación, se acostumbra a afirmar, sin mayor discusión, que la libertad de prensa y de opinión rige en forma irrestricta.

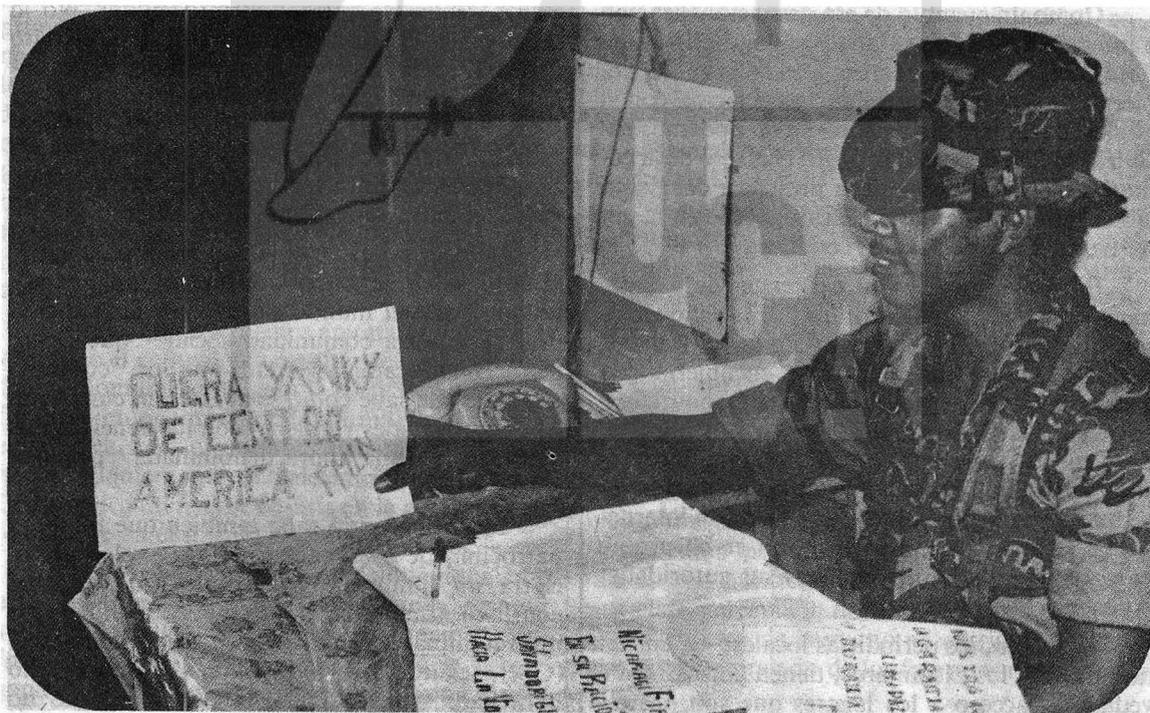
Al examinar más a fondo esta cuestión nos encontramos, naturalmente, con que esa libertad tiene limitaciones estratégicas, por así decirlo, y un formidable obstáculo: esa libertad se ejerce en una sociedad donde no existe un régimen de opinión pública, o sea, aquél donde la opinión mayoritaria y la legalidad obligan a las autoridades del Estado y a los dirigentes políticos, empresariales y gremiales a actuar con apego a esos impe-

rativos.

El resultado de este fenómeno es, por un lado, una amplia dislocación entre el sector dirigente y el colectivo, caracterizado este último por una depresión social que informa el 69 por ciento de analfabetismo, un incremento pavoroso de 3.5 por ciento anual de la población, y, en este año, un decrecimiento económico a cero o menos de cero.

Por otro lado y en parte, debido a la característica estratificación apuntada, la ausencia de un régimen de opinión pública casi convierte a la relativa libertad de expresión en un factor de desmoralización pública y de desnacionalización de la sociedad hondureña. Esto es así porque se crea lo que podría llamarse el periodismo de la historia inconclusa, el cual angustia primero y más tarde insensibiliza a la sociedad, que vence sus resortes morales y trastoca o invierte los valores.

De esta suerte, la denuncia y la protesta, aún con evidencias de validez jurídica y moral, casi nunca culmina con la sanción de los culpables. Deja, más bien, la duda —sobre todo en la juventud y la niñez— de si en última instancia la corrupción y la arbitrariedad son, en realidad los auténticos valores establecidos.





Como un ejemplo de esa desnacionalización e insensibilidad, fomentada por una política exterior amarrada sin reservas a la política del gobierno de Reagan, sobre todo en relación con el gobierno izquierdista de Nicaragua, podemos enfatizar lo que ocurre, en cuanto al efecto de la comunicación, en el caso de la presencia del ejército contrarrevolucionario nicaragüense en la zona fronteriza oriental de Honduras.

El gobierno niega la existencia de campamentos de ese ejército “contra,” un hecho violatorio de nuestra ley interna y de la ley internacional. Esa presencia militar “encubierta” es causa de graves perjuicios para los hondureños, entre ellos el de la expulsión de los caficultores, de labriegos, de cientos de núcleos familiares los cuales así han pasado a una situación de desplazados, pero sin ser objeto de la atención internacional porque, lógicamente, están en su propio país y es el Estado hondureño y sus autoridades quienes deben protegerlos.

Pues bien, los periodistas locales —y, en menor grado— los extranjeros, tienen normalmente vedado el acceso a los lugares que son, cierta-

mente, teatro de enfrentamiento militar. No lo permiten ni el ejército hondureño ni el ejército “contra.” Por lo general, los periodistas extranjeros se arriesgan y obtienen historias y fotografías a veces impresionantes. En esas ocasiones se tilda a los periodistas locales por no hacerlo, cuando posiblemente se trata del problema nacional más sobresaliente del momento.

Quienes así critican tal vez ignoran que, para la sociedad hondureña, eso no es ninguna novedad. Todo el mundo sabe —por la tradición oral de nuestra comunidad social— que el gobierno enmascara la verdad, que los “contras” están allí. Se sabe como se abastecen, cuales son las complicidades y quienes son los beneficiarios del negocio de la ahora denominada “pequeña guerra sucia.”

Todo el mundo sabe también que frente al patrocinio de ese aparato militar —el cual encierra un inminente peligro de generalizar el conflicto armado en Centroamérica, o de crear un interminable “conflicto de baja intensidad” (CBI), según la nueva doctrina— el gobierno no hará nada extraordinario y además, como no

existe un liderazgo capaz de nuclear el descontento nacional para oponerlo a esa política belicista y mutiladora de la integridad del Estado hondureño, esta situación continuará.

La gente, entonces, se venga en forma indirecta, achacando indiscriminadamente todos los males que aquejan a Honduras a la "contra." Un rechazo creciente que, es necesario advertirlo, no significa aceptar o apoyar al régimen sandinista, sino que es, en el fondo, la suma de la preocupación por el probable advenimiento de una guerra entre los dos países, por la represión selectiva aplicada para prevenir el estallido protestario e incluso insurreccional, por la inseguridad generada por el funcionamiento impune de bandas paramilitares de origen nicaragüense, por el clima totalmente adverso a las inversiones nacionales y extranjeras, por el descrédito internacional, y, en fin, por la certeza de que esa incrustación "contra" será permanente y discriminadora, a manera de un "escudo defensivo," como lo llaman los estrategas del Pentágono, los jefes "contras" y uno que otro oficial de la cúpula castrense hondureña.

Es casi innecesario referirse a la interacción peyorativa del conjunto informativo continental, básicamente de Estados Unidos, en la mediación comunicativa de Honduras y Centroamérica. Posiblemente sus dos aspectos más relevantes sean, primero, el de la desinformación, como un cognomento de la doctrina del "conflicto de baja intensidad", que propone métodos de guerra declarada para un desgaste a largo plazo, y, por otra parte, el notable papel de la gran prensa norteamericana y europea en la clarificación de los roles del gobierno de Reagan, de los gobiernos aliados y de los ejércitos de Centroamérica, que, justo es decirlo, merecen el reconocimiento de los centroamericanos.

Siendo, como lo hemos apuntado, un objetivo básico el control y la manipulación de los medios de comunicación para la fortificación y profundización de una hegemonía militar política y económica, en el caso centroamericano este hecho adquiere mayor relevancia, en tanto el CBI implica un mayor énfasis en la guerra psicológica que en el mismo accionar militar.

Naturalmente, todo parte del maniqueísmo este-oeste, que conlleva un internacionalismo disolvente del nacionalismo. En esta función, la información tiende a ser englobada en la propaganda y la desinformación. Al menos en Hondu-

ras, oficialmente se ha partido de una supuesta guerra ideológica, sin fronteras ni nacionalidades, en la cual el enemigo no es la pobreza ni la falta de oportunidades, sino el contrincante por el poder mundial. Un marco establecido en escala global, con dinámica propia y ajeno a la verdad última de la realidad centroamericana.

Cada día que pasa se perfeccionan los mecanismos para influir los medios. Por ejemplo, se elaboran encuestas a cargo de firmas subsidiarias acreditadas en Estados Unidos que, con sesgamientos sutiles, arrojan conclusiones que prontamente la realidad desmiente. Los datos divulgados profusamente son para modular la opinión pública norteamericana y la regional.

De igual manera entran en la vida cotidiana noticieros televisivos de Estados Unidos, manejados con habilidad para dejar un mensaje a propósito. Lo mismo ocurre con la radio, que sigue siendo el medio por excelencia en cuanto a masificación noticiosa.

En la televisión y en la radio se advierte una proliferación de programas de sectas protestantes, cuyo mensaje político es descarado, abusando del sofisma —sin ningún control— que sume a una masa de por sí ignorante en tinieblas todavía más espesas de superstición, angustia existencial, obnubilación política y renuncia —en tanto ciudadanía— a la solidaridad nacional. Una exaltación del ego para la propia salvación, relacionándola con la lucha fanática contra un presunto enemigo ideológico.

El modelo desinformativo adquiere mayor ímpetu en la medida que se complica el panorama del apoyo a la política norteamericana en Centroamérica, que vuelve paulatinamente más difícil su legitimación. Un portavoz del Departamento de Estado norteamericano, Kalb, renunció cuando su ética periodística entró en conflicto frontal con ese proyecto, a su juicio injustificable en situación de no-guerra abierta.

En Honduras los medios y los periodistas, con escasas excepciones, entran en este juego, yo diría que a veces inconscientemente, pero también por una limitada preparación, tanto profesional como psicológica y cívica, para asumir una actitud crítica basada en el conocimiento y en una clara percepción de nuestro interés nacional que, dicho sea de paso, no necesariamente tiene que estar divorciado de los intereses norteamericanos.

Así se configura una manipulación concretada en la tergiversación de los elementos informativos, pero primordialmente en el ocultamiento al público de hechos de imprescindible conocimiento general para formar una opinión pública apropiada al libre juego democrático y al control que ésta debe ejercer en un genuino proceso democratizador, como el que se dice está en marcha en los denominados "países democráticos" de Centroamérica.

Por esta vía, que va institucionalizándose en autocensura, y a ella sumada la creciente desinformación — como especie de conRAINTeligencia periodística—, lo que podría prosperar en Honduras es la militarización no sólo de las políticas del Estado, sino de la economía y aún de las decisiones de las cúpulas de los partidos políticos y de las organizaciones sociales.

Un paso franco no a un sistema auténticamente democrático, pero sí a uno autoritario,

con todo su componente represivo y de terrorismo institucional, aunque legitimado con el formalismo electoral practicado a través de partidos políticos domesticados para sostener dicho sistema. A esto se lo califica actualmente como un avance sustancial en la dirección correcta de la democracia centroamericana.

Entonces se plantea la cuestión de si, a falta de un liderazgo político, en Honduras los medios de comunicación están en situación de alternativa. La respuesta es, definitivamente, no. Aún en las mejores condiciones, los medios de comunicación solamente pueden preparar un ambiente, para bien o para mal. La tarea de movilizar la sociedad y realizar un proyecto de país corresponde a los políticos, civiles y uniformados, en nuestro entorno.

M.G.

